

—¡Ah! Les llevan mucha delantera, y la abadía de San Germán no está lejos.

—¡De rodillas!—le dijo con voz de trueno Tarchino.

Pacífico obedeció; arrodillado ya, miró las espadas desnudas, y se vió dibujarse en sus labios una sonrisa de grata sorpresa.

—¡Yo creía que habría temblado más para morir!—murmuró.

Luego cruzó los brazos sobre su pecho, y dijo en voz alta:

—¡Dios mío! Os ruego que protejáis á mi señora y á su pequeño hijo. Mi último pensamiento es para los míos, que dejo á vuestro cuidado. Y yo os encomiendo mi alma.

PRIMERA PARTE

I

LA EJECUCIÓN DEL CADÁVER

El rey Luis XI había muerto el 30 de Agosto de 1483 en el castillo de Plessis, á los sesenta años cumplidos de edad. Antes de expirar hizo que se arrodillara junto á la cabecera del lecho del dolor el bienaventurado Francisco de Paula, con la esperanza de que las oraciones del santo le devolvieran la salud ó alcanzaran la eterna salvación. El cielo no otorgó la primera gracia; en cuanto á la segunda, el negocio ha debido ventilarse entre Dios y el rey.

Los escritores adversarios de la realeza han dicho que Luis XI fué un gran rey; los poetas hicieron de esta figura retratos fantásticos que han merecido poca aceptación entre las personas acostumbradas á estudiar la historia, leyendo novelas ó presenciando dramas.

Lo que hay de cierto es que, cuando se echa una ojeada retrospectiva, se ve el extraño perfil de ese hombre destacarse entre las espesas brumas del siglo xv.

Pero fué un gran rey. Dicese que amó al pueblo; el pueblo no le amó á él.

Nos hallamos en la primavera del año 1492. El joven Carlos VIII, que había sucedido á Luis XI bajo la tutela y regencia de su hermana la princesa Ana de Beaujeu, era ya mayor de edad hacia tres ó cuatro años.

Pero nadie había festejado, como era costumbre hacerlo, la mayoría del rey; la regencia continuaba de hecho, ya que no de derecho; madama Ana, después de haberse desembarazado, con sin igual habilidad, de todos sus competidores—y cuenta que eran muchos y poderosos—se encontraba demasiado bien en el sillón que dominaba al trono real, para desear abandonarlo.

Ella había conseguido meter en vereda, ni más ni menos que si hubiera poseído la mano de hierro de su padre, á los duques de Bretaña y de Borgoña; el duque de Orleans, presunto heredero de la corona, estaba desterrado, y hasta el condestable de Borbón, hermano primogénito de Pedro de Beaujeu, marido de Ana, acabó por recibir un pasaporte para la eternidad. El conde de Angulema, los señores de Foix y de Albret, antiguos jefes de la Liga del bien público, se hallaban demasiado débiles para volver á levantar el pendón de la rebeldía. Cuanto al conde de la Marche, que era ahora uno de los señores más poderosos del reino, llamábase en la actualidad Olivier de Gravelle, y ya saben nuestros lectores si tenía Ana motivos poderosos para contar con su adhesión.

Y sin embargo, á pesar de todas estas ventajas, la princesa no estaba tranquila, y veía llegar con amargura y despecho el día en que había de hallarse en la precisión de declinar la suprema autoridad en las manos de su hermano, que era, á la vez, su rey.

Carlos VIII no había dejado de ser el niño enclenque que años atrás inspirara á su padre muy tristes

pensamientos de fatal augurio. No era un rey; apenas llegaba á ser un hombre; su espíritu era tan endeble como su cuerpo; pero de todos modos veíase en él al heredero legítimo, y á su alrededor empezaban á agruparse silenciosamente hombres temibles, sin que Ana lo pudiera impedir.

Entre estos personajes se citaba al confesor del rey, D. Mariano José Lobel, Obispo de Autún y ex abad del Monasterio de San Benito de Mirande, en el país de Armagnac.

Hacia el principio de este año de 1492, el joven rey Carlos había preguntado á su hermana cuándo juzgaría conveniente organizar su servidumbre real, y nadie ignoraba que el Obispo de Autun estaba en continua correspondencia con los duques de Borgoña, de Bretaña y de Orleans.

Llegábase hasta el punto de tratar de enlazar al rey con otra Ana, heredera del ducado bretón; y esto era precisamente lo que más temía la princesa de Beaujeu.

A cosa de trescientos pasos de la iglesia de San Eustaquio, entre el cercado del palacio de Orleans, antes de Nesle, propiedad ahora de Olivier de Gravelle, merced á la munificencia de la regente, y junto al cementerio de los Inocentes, hallábase una espaciosa y elegante posada que merecía la preferencia de la moda, y donde los señores, no menos que los simples soldados, solían echar pie á tierra. Este mesón estaba enclavado en los terrenos de Olivier de Gravelle, nuevo conde de la Marche. El hostelero que la poseía en arrendamiento se llamaba maese Amapola.

Habían acaecido cosas importantes y gravísimas en el matrimonio de Amapola durante los quince años transcurridos desde el prólogo de esta narración. Hasta la edad de cincuenta y cinco años el tío Amapola había desempeñado sin pestañear el papel

de ministro responsable; estaba casi tan sometido á su mujer, como Pedro de Borbón, señor de Beaujeu, á la princesa Ana, llegándose á decir de éste que hablaba á la regente con el bonete en la mano y la rodilla en tierra.

La tía Amapola no abusaba con exceso de su autoridad; era buena mujer, y no zurraba á su marido más que cuando había para ello lugar. Este era más vigoroso que un turco; un día en que su mujer le corregía con demasiada severidad, levantó los brazos, no precisamente para defenderse, sino con el fin de atenuar algo la violencia de los golpes, y no se sabe por qué uno de sus brazos cayó sobre ella involuntariamente, lo cual bastó para que la Amapola, aturdida, diera con su cuerpo en tierra.

En cuestión de puñadas, el caso está en dar la primera; así es que cuando Amapola vió á su mujer boca abajo, sin poderse contener se arrojó encima de ella, recetándole un pie de paliza tan soberano que la dejó por muerta.

Esto hecho, fuése á la sala en que bebían sus parroquianos, y les dijo con un orgullo en cierto modo legítimo:

—Vengan ustedes y verán cómo he arreglado á mi mujer.

A contar desde este día, la Amapola quedó destronada, y no pudo volver á empuñar el cetro. Cada vez que intentaba alzar el gallo, se levantaba el puño de su marido, que hablaba más alto que ella.

—¡Y decir—repetía á cada instante este hombre de bien—que no he descubierto la receta hasta la edad de cincuenta y cinco años!

Tenía algunos ribetes de bellaco el tal Amapola, y las cosas fueron yendo tan de prisa y tan lejos, que la buena de la tía Amapola ardía en rabia; un amigo de entrambos advirtió entonces al hostelero que el día menos pensado podría encontrar en la

sopa polvos de matar ratas, en virtud de lo cual se ajustó un tratado entre marido y mujer.

Este matrimonio había lucrado pingües beneficios explotando su industria en el mesón extramuros de París; al mismo tiempo había establecido en el cuartel de los Inocentes la hermosa posada de que hemos hablado poco ha; hizose, pues, el convenio siguiente: Amapola quedó dueño y señor absoluto del antiguo figón, y su mujer pasó á dirigir por cuenta propia la nueva posada.

Olvidábamos decir que la Amapola había permanecido siempre fiel al recuerdo de los Armagnac, sus antiguos señores; su marido, por el contrario, por espíritu de contradicción y también por interés, era partidario furioso de los poderosos del día. Las querellas políticas que habían resultado de esta divergencia de opiniones habían dejado impresas no pocas manchas negras y azules en los brazos y en las espaldas de la Amapola, á pesar de lo cual no moderaba sus gritos de ¡*Armagnac!* ¡*Armagnac!* Nada alteraba su constancia el que después de la fuga de la duquesa Isabel con su hijo nadie supiera su paradero; la Amapola era fiel á toda prueba.

Era una velada fresca y clara de un hermoso día de primavera; en el comedor bajo del mesón de la *Urraca* (que tal era la divisa que la Amapola había puesto á su establecimiento) hallábanse reunidos como media docena de hombres de armas, que departían sentados á una mesa provista aún de buen vino de Gascuña. Junto á otra mesa inmediata trincaban también varios paisanos de París, gente al parecer bien acomodada.

Los soldados hablaban recio y vaciaban á cada instante sus cubiletes de estaño; la conversación de los otros era más discreta y su sed más moderada.

La Amapola, que había alcanzado un grado de

respetabilidad venerable, á pesar de los nuevos modales que su esposo empleaba con ella, llenaba con dignidad los deberes de una patrona y dirigía como buen general los movimientos de todos los empleados y servidores de la Urraca.

De vez en cuando veíase cruzar la sala y subir con presteza los peldaños que conducían al piso superior, á una joven, mejor dicho, una niña, que andaba ligera como una sílfide. Era Mireta, la hija única de los esposos Amapola, y sin ningún género de duda uno de los mejores bocados del cuartel del mercado, ó de las Halles, como dicen en París.

—¿Sabéis quién es, maese Ricardo—preguntó un paisano,—esa noble señora que acaba de llegar con tanto lujo y boato?

—No es una señora, compadre Antonio—respondió maese Ricardo,—por lo menos tal cual los de nuestra clase lo comprendemos; tiene el título de señora, porque es heredera de un ducado, de un condado, de dos ó tres baronías y de medio centenar de castillos y palacios; pero hasta aquí lleva sólo el nombre de su padre y no ha elegido todavía al feliz caballero que ha de ser su esposo. La he reconocido perfectamente, á pesar del tupido velo que cubría su rostro, que por cierto es de lo que no habéis visto nunca, compadre. La primera camarista me designó el año pasado para proveedor de los guantes que consume, y la surto además de perfumes y canastillos de flores.

—Pero todo lo que acabáis de decir no nos revela el nombre de esa dama—replicó el compadre Antonio, que era un almacenista de paños de los más notables del comercio.

Maese Ricardo bebió otro sorbo de vino y dijo con cierto énfasis:

—La que acaba de pasar no es otra que la alta y poderosa señora Blanca de Armagnac, hija única

del difunto Jaime, duque de Nemours, conde de la Marche, *etcétera, etcétera*, decapitado el año 77.

Todos los negociantes é industriales que estaban alrededor de la mesa cruzaron entre sí una significativa mirada.

—¡Hija única, decid!—repitió el compañero Antonio.—¡Es muy larga de contar la historia de esa casa! Cosa sabida de todos es que el conde de la Marche, como ahora se llama Mosen Olivier de Gravelle, tuvo no poco que hacer, pues el Parlamento no quiso declarar definitivamente que Juan de Armagnac fuera un hijo supuesto.

—¡Qué importa!—interrumpió el guantero, que era abastecedor de la Marche y que defendía á su parroquiano,—la causa está aún pendiente de resolución ante los jueces reales, y veréis cómo al fin se hará justicia. Además, monseñor Olivier de Gravelle y madama Ana, regente de Francia, no tendrían que decir más que una palabra para terminar este asunto, pues el duque de Nemours murió en el caldoso.

—¡Qué importa, digo yo también, compadre!—insistió el pañero Antonio, que antiguamente había sido el mercader de Jaime de Armagnac y que no lo era de Olivier de Gravelle.—Hace ya cuarenta años que habito frente al mercado, y, á Dios gracias, sé mejor que otro alguno cuanto pasa en todo este cuartel. Era el año 77, como vos decís, y por más señas el día 4 de Agosto; no se me olvidará esto mientras viva. Y vosotros, ¿os acordáis bien de aquella noche?

Estas últimas palabras fueron dirigidas á los demás mercaderes, que respondieron con gravedad y levantando la cabeza:

—Sí, nos acordamos perfectamente.

—Ibase haciendo ya muy tarde—prosiguió Antonio—y las tiendas estaban cerradas...; dos horas,

poco más ó menos, después de cerrar, nos dieron aviso de que en el cementerio se estaba levantando el cadalso. Yo estaba ya medio acostado; pero mi mujer, que ya no existe, y á quien Dios haya perdonado, exclamó: «Antonio, quizá en toda la vida no se me presente otra vez la ocasión de ver rodar la cabeza de un duque y par del rey.» En conciencia, yo no podía negar á mi esposa una distracción que no costaba nada; cerramos, pues, las puertas de la casa y nos fuimos al mercado. Estaban allí reunidos, Santo Dios, más nobles y villanos que se necesitan para cubrir la tierra hasta donde alcanza la vista; el cielo estaba obscuro como la boca de un horno, y el trueno retumbaba sordamente encima de la ciudad.

—Todo esto es cierto—murmuraron los tres mercaderes, que habían ya dejado de beber.

—A las once de la noche—continuó maese Antonio—vimos brillar muchas antorchas hacia el lado de la calle Mayor de San Honorato; era aquello un pelotón de hombres de armas á caballo que llegaba marchando al paso. Al propio tiempo iluminó el cadalso un vivo resplandor y vimos destacarse en él la figura del Ermitaño, verdugo del rey... Amigos míos, lo que entonces ocurrió fué una cosa vergonzosa, un verdadero sacrilegio.

Hacia ya algunos minutos que paulatinamente iba languideciendo la conversación de los hombres de armas reunidos en la otra mesa; en aquel momento ya no hacían más que escuchar, y el que entre ellos desempeñaba el papel de jefe llevó maquinalmente la mano al puño de su espada y empezó á arrugar el entrecejo.

—¿Qué diablos dice ese majadero?—murmuró.

Maese Ricardo, el proveedor actual de la Marche, se encogió de hombros. El pañero Antonio elevó la voz y tomó un acento casi solemne.

—No era un hombre vivo el que entregaban á la cuchilla de Tristán el Ermitaño; era un cadáver, cuyo noble pecho, agujereado por veinte heridas sangrientas, no sentía ya aquel vergonzoso ultraje ni aquel inútil insulto. El alma de monseñor de Nemours había comparecido ya ante el Tribunal de Dios, en tanto que sus restos mortales sufrían aún la infamia postrera. Vimos á Tristán el Ermitaño levantar al de Armagnac por los cabellos, y su hacha cortó la cabeza de un cuerpo muerto.

—Todos lo vimos—repitieron los mercaderes,—á excepción de Ricardo, el proveedor de Graville.

—Y yo digo—gritó con indignación el pañero—que aquello fué una impía profanación y un gran sacrilegio.

—Sí, sí—insistieron los mercaderes;—un sacrilegio y una profanación.

Pero pronto hubieron de arrepentirse de haber emitido su opinión con tanta franqueza. Empezóse á oír fuerte ruido de acero en la mesa de los hombres de armas; lo producían media docena de espadas al salir de las vainas, las cuales brillaron á la luz de los faroles del mesón.

—¿Desde cuándo—prorrumpió el capitán adelantándose hasta mitad del comedor—los villanos se permiten discutir con semejante desparpajo las palabras y las acciones de sus amos?... ¡Toma, por lo del *sacrilegio*, viejo tonto!

Y descargó con la hoja de la espada un cintarazo más que regular sobre las espaldas del mercader.

—Y vaya ahora por lo de la *profanación*—añadió, encajándole con violencia en la cabeza el gran jarro que acababan de usar los mercaderes para sus libaciones.

Los hombres de armas no tardaron en imitar á su capitán, y los inofensivos vecinos de aquel barrio

hubieron de arrepentirse amargamente de haber tenido tanta memoria. No habla resistencia posible por su parte; la lucha era demasiado desigual.

A los gritos de los desgraciados mercaderes acudieron para calmar el alboroto la Amapola, Mireta y los mozos y criados del mesón; pero los cintarazos continuaban cayendo repetidamente sobre las costillas de los respetables negociantes, como cae el granizo sobre los tejados de una aldea. En vano aquellos infelices protestaban de la rectitud de sus intenciones; lejos de ceder los soldados, parecía como que iban calentándose y cobrando gusto á aquella operación.

—¿Conque así hablas tú del noble conde de la Marche?—gritaba el capitán, bañado en sudor; tal era la aplicación que demostraba al ejercicio del vapuleo.—¿Conque así hablas tú de madama Ana, la regente de Francia? ¡Muchachos!, ¡sis, á esos bribones!, ¡á ellos, sin cuartel!

Los comerciantes atropellados exhalaban lastimeros quejidos. Maese Ricardo, el guantero, confundido en aquella pena, que no había ciertamente merecido, imploraba clemencia; pero no la alcanzó más que los otros.

A todo esto, el capitán seguía gritando como nunca, y decía:

—Soy Vicencio Tarchino, señor de Bruns y escudero del noble Olivier de Graville, conde de la Marche. Si alguno de vosotros escapa vivo de esta trifulca y quiere reclamar, diga á los jueces reales que se le ha baqueteado de firme por haber hablado mal de madama la regente y de su difunto padre el rey Luis.

Ya estaban bien convencidos los mercaderes de que poco ganarían con reclamar. Lo que ellos deseaban era sólo poder tomar las de Villadiego; pero los valentones les cerraban el paso y les golpeaban

hasta echar los bofes de puro fatigados. La Amapola no sabía ya á qué santo encomendarse.

—Madre—le dijo Mireta, cuyo cuerpo temblaba de pies á cabeza,—¿quizá si fuera á avisar á la señora...?

—¡Feliz pensamiento!—exclamó la hostelera, que salió corriendo del comedor.

Un momento después apareció en el más elevado peldaño de la doble escalera que arrancaba del fondo de la sala una visión graciosa y encantadora; era una jovencita vestida de blanco, y cuyos largos cabellos caían desatados sobre sus hombros. Al verla de aquel talante nadie podía dudar de que abandonaba el lecho ó se ocupaba en el arreglo de su persona. Así que observó lo que ocurría en la sala del mesón, se frunció en ademán de desagrado las finísimas cejas de la doncella; una voz breve é imperativa, que nadie hubiera creído pudiera salir de sus labios, frescos como una rosa, vibró desde lo alto de la escalera, haciendo estremecer á los soldados.

—Vicencio Tarchino—dijo,—¿és así como sabéis respetar la casa en que yo me hallo? Os ordeno que hagáis cesar al punto este escandaloso desorden.

Y sin aguardar contestación volvió las espaldas entrando otra vez en su aposento. Tarchino se quejó con la espada al aire y la cabeza humillada, en una posición bastante ridícula para un caballero como él; los soldados se achicaron como ovillos, como si la bóveda hubiera amenazado desplomarse.

Los villanos, aprovechando aquella inesperada intervención, largáronse á todo correr, los unos por la puerta y los demás por las ventanas.

A una señal de Tarchino los soldados volvieron á envainar sus espadas. Aquél murmuró, mientras volvía á ocupar su sitio en la mesa:

—¡Muy alto canta la mocita! En fin, no hay más

que tomar las cosas como son. El conde está loco, y además necesitamos á esa mujer.

—¿Sabéis, Vicencio Tarchino—insinuó uno de los hombres de armas,—que si el señor conde nos hablara como acaba de hacerlo esa niña, muy pronto saldrian por sí solas del cinto nuestras dagas?

—Lo que sufro yo, que soy el capitán—repuso Tarchino,—bien puedes sufrirlo tú, que, según creo, no eres más que un mercenario.

—Sí, vos sois capitán y yo no soy más que un soldado, es verdad—respondió éste, mirándole cara á cara;—pero yo soy francés, señor, y vos no pasáis de italiano!

El pálido semblante del nuevo señor de Bruns se tiñó de púrpura y sus ojos centellearon; pero consiguió reprimirse y halló medio de fingir una sonrisa.

—¡Vaya, vaya! amigo Pedro—replicó con aire de buen humor;—creedme, no deben devorarse los lobos entre sí; en torno nuestro veo muchos mastines que están afilando sus dientes y esperan hincarlos en nuestras carnes. Hablando formalmente, mis buenos camaradas, no sé si me equivoco, pero no acaban de satisfacerme los aires de Paris... Hay algo aquí que me choca desagradablemente. Y, no lo dudéis, es un funesto presagio oír, como hace poco hemos oído, la voz socarrona de los mercaderes, hablando tan alto y tan claro.

—¿Sabéis, acaso, algo de nuevo?—preguntó Pedro el mercenario.

—Yo sé que el rey es mayor de edad desde hace tres años—respondió Tarchino con aire preocupado.—Sé que están contados nuestros días, señores míos. Es decir, nuestros días buenos, ó lo que es lo mismo, los que nos quedan aún para jugar la partida. Todo cuanto somos se desvanecerá y quedaremos reducidos á unos pobres diablos si nuestro se-

ñor de Gravelle no agrega la pairía y ducado de Nemours á su condado de la Marche.

—¡Y bien!—dijo el soldado Raúl,—esto se conseguirá fácilmente.

—El tiempo pasa—prosiguió el italiano, como si hablara consigo mismo.—A cada día que transcurre, el joven rey, por débil que sea, sube una grada del trono. Cada paso que da hacia arriba, lo da también la princesa Ana hacia abajo; esta es la ley de la naturaleza... Y si el conde de la Marche no llega á ser par y duque antes de que acabe la regencia, yo os aseguro que no lo será jamás.

—¡Bah!—dijo el soldado Raúl,—ya no hay Armagnac en el mundo; esto es positivo, y alguien habrá de heredarles.

—En vez de aprovechar los últimos días que le restan—continuó Tarchino,—nuestro amo se ha entregado á un amor de niño hacia madama Blanca, y no hace más que cometer una locura tras de otra. Agota sus tesoros por el único placer de festejarla con espectáculos extravagantes...

—¡Y bien!—volvió á decir Raúl, que era un optimista acérrimo,—si nuestro señor es del gusto de la niña, se casará con ella; y como es la única heredera de los Armagnac, nuestro amo alcanzará entonces, con doble motivo, el ducado de Nemours.

—Cierto que no hay más Armagnac—dijo el italiano;—y este es precisamente el lado bueno de nuestro negocio. Quince años hace ya que ando á la caza de aquel niño á quien llamaban en otros tiempos *Monseñor el Duque* en el palacio de la Marche; y si existiera todavía, estoy seguro de que, un día ú otro, le hubiera echado la mano encima, porque tengo buenos ojos y mejor olfato.

—Y no obstante—dijo el soldado Pedro,—allí en el condado de la Marche hay gran número de personas que pretenden saber que la duquesa Isabella

su hijo se presentarán de nuevo cuando sea llegada la ocasión.

—¡Toma!—exclamó Raúl,—también conozco yo á un monje muy viejo que decía que el emperador Carlomagno no había muerto. No es posible ocultarse de esta manera por espacio de quince años sino dentro del cementerio.

Tarchino estaba meditabundo, y dijo apoyando su cabeza en la mano, y haciendo rodar su copa medio vacía:

—Yo estoy bien convencido, compañeros, de que el emperador Carlomagno está muerto y bien muerto; pero si tuviera que temer su vuelta al mundo, os juro que vigilaría con los dos ojos. Haría que me descolgaran al fondo del panteón de Aix la Chapelle y reconocería cuidadosamente el interior de su ataúd. Entretanto, la pluma más hermosa y fina de nuestras alas es la señorita Blanca, y yo alabo los esfuerzos que pone en acción nuestro amo para agradarla...; pero todas las cosas tienen sus límites, y si yo me hallara en el puesto del noble conde, me parece que á la hora presente habría celebrado mis bodas.

—¡Cáspita!—replicó Raúl con un movimiento dubitativo,—la señorita Blanca obra como mejor le parece, señor mío.

—Brilla ya más de una cana en la cabeza de nuestro amo—añadió Pedro, el hombre de armas.

—¿Y piensas, por ventura, que mañana peinará menos canas que hoy?—preguntó el capitán.—Si monseñor siguiera mis leales consejos, el baile de esta noche serviría para solemnizar sus esponsales. Y creed que el caso es urgente, camaradas; la hermosura de la señorita blanca atrae en torno de ella á una porción de pisaverdes que no trabajan por cuenta nuestra. Hoy mismo, sin ir más lejos, entre Fontainebleau y Corbeil, ¿no nos hemos visto preci-

sados á dar una batida por la selva para cazar á aquel pollito que nos seguía como nuestra sombra? Por cierto que el talle de ese joven excéntrico no me ha gustado poco ni mucho.

—Pues mirad, á mi me sucede al revés—exclamó Raúl,—y siento estar siempre en contradicción con el capitán. Es un agradabilísimo rostro el de aquel niño. Verdad que no viste muy á lo grande; pero apostaría cualquier cosa á que sus venas están henchidas de sangre noble. ¡Fuego, y cómo se ha burlado de nosotros! Creíamos tenerle ya acorralado en el valle, y de pronto vimos ya caracolear á su diablo de caballito en lo alto del colliado. E ignoro por qué razón cada vez que arreciaba el viento hacía volar siempre una punta del velo de la señorita Blanca, lo cual, sin duda, era causa de la sonrisa que entonces se dibujaba en sus labios.

—¿Estás tú bien cierto de lo que dices?—preguntó Tarchino, cuya frente volvió á nublarse.

—¿Y qué tendría esto de particular?—insinuó Raúl.

El italiano se levantó y dijo hablando consigo mismo:

—No creo en fantasmas ni en aparecidos; pero á lo mejor suceden cosas muy raras; si algún día se pone al alcance de mi mano aquel mocito, paseante de carreteras, juro que no volveré á burlarse de mí ni de nadie en el mundo.

Tarchino empezó á pasearse á grandes pasos de un extremo á otro del salón de la posada. La conversación acabó por languidecer, y como ya no quedaba vino en las cántaras, los hombres de armas empezaron á dejar oír una sinfonía de bostezos.

—Ahora que caigo en ello, capitán—dijo Raúl medio dormido,—hemos dado hoy una buena carrera; ya dan las diez en la torre de San Eustaquio y

la señorita Blanca no concluirá hasta cerca del amanecer.

—¿Ninguno de vosotros ha visto á Juan Roldán en toda la velada?—preguntó de repente Tarchino.

—Juan Roldán—replicó Pedro—deja de beber así que entra por las puertas de París. Alguna partida debe llevar entre manos y estoy cierto de que no abandona fácilmente sus empresas.

—¡Patrona!—gritó el italiano, añadiendo cuando se presentó la mesonera:

—¿No habrá para nosotros un buen aposento?

—Ninguno hay bastante capaz para colocaros los seis, caballeros—repuso la Amapola.

—Pues bien: tráenos paja fresca y ya dormiremos aquí mismo.

A lo cual la mesonera replicó á media voz, acompañando sus palabras con un gesto desdefioso:

—La gran sala del mesón de la Urraca no es todavía un establo. Seguidme, caballeros—añadió con reverencia.—No me gusta dejar de complacer á las personas distinguidas; os alojaré dignamente.

Los soldados fueron en pos de ella hacia la puerta, y antes de salir del salón dijo Tarchino:

—Patrona, si se presenta aquí un joven vestido con la librea de la Marche respondiendo al nombre de Juan, hacedme el obsequio de despertarme.

—¿Juan á secas?—preguntó la Amapola.

—Sí, Juan á secas, ó Juan Roldán—replicó el italiano;—lo que es éste no se preocupa mucho por el nombre de su familia.

La hostelera prometió cumplir el encargo y los valentones se recogieron.

Tan luego como el gran comedor hubo quedado desierto, la hermosa Mireta acudió á reparar con presteza el desorden que en él reinaba. El desbarajuste era grande porque la lucha con los mercade-

res había dejado malparados muchos bancos, mesas y taburetes.

La tal Mireta era, en verdad, un amorecito: poseía unos ojos alegres y radiantes, una tez transparente y sonrosada y un talle tan esbelto, que se le podía rodear la cintura con la mano. Y sus atractivos estaban realzados por un traje de menestrala, tan vistoso y aseado, como decente y elegante. Todo aquel riquísimo conjunto tenía vueltos los sesos al pobre Simón, mozo de la posada, quien ya no podía comer ni dormir.

No era del todo mal parecido, ni mucho menos, el mancebo Simón, y además su padre le había dejado heredero de algunos escudos; si no hubiera sido tan corto de genio el tal muchacho habría llegado, tal vez, á ser un hombre como otro cualquiera; pero el pobre ¡nació tan tímido!

Sin embargo, era hijo del correo Nicolás, aquel que vimos tiempo hace cerca de la tía Amapola lleno de gallardía y buen humor. ¡Ay!, en la época á que nos referimos la mesonera llevaba aún los pantalones y no había sido nunca zurrada.

Simón, hijo encogido de un padre tan alegre y decidor, procuraba, lleno de buen deseo, ayudar á Mireta con toda la oficiosidad imaginable. En tanto que la niña con sólo mirar las cosas las ponía todas en orden con la gracia y prontitud de una hada, Simón con sólo mirarlas las desarreglaba y confundía con sin igual torpeza. Esta era la manera como ayudaba á la hermosa Mireta.

Y mientras duraba esta tarea exhalaba hondos suspiros y le ardía el corazón.

Después de acompañar á los hombres de armas, la Amapola volvió á entrar en la sala baja, parándose un momento en la puerta para observar el modo original con que el pobre Simón hacía el amor á su hija.

—¡Y pensar que la juventud del día es hecha así!—murmuró la hostelera.—Vamos, si las cosas siguen de esta suerte y llegamos á viejos, veremos el fin del mundo. He aquí el hijo de un buen mozo que no tenía igual y no sabe sacarse una sola palabra de la boca. Vamos, los hombres degeneran.

—Mira, muchacho—dijo en alta voz,—ve á acostarte, pues tampoco haces nada de provecho. Antes de dormirte ruega á tu santo Patrón para que te infunda un poco de ánimo.

—Buenas noches, señorita Mireta—tartamudeó Simón, más colorado que la cresta de un gallo;—ya que es preciso vaya á acostarme, os deseo unas buenas noches.

—Buenas noches, Simón—dijo Mireta sonriendo.

—¡Vamos, vamos!—repitió la Amapola.

—Buenas noches, señora Amapola—añadió con acento suplicante el pobre mancebo mientras volvía las espaldas y salía por la puerta.

—Abre las ventanas en tanto que yo voy á atrancar la puerta de la calle—dijo la mesonera á Mireta.—Cuando vienen aquí hombres de armas dejan un olor de cuero gastado que parece hayan venido á pasar la almohaza en el comedor á todo el ganado de las caballerizas del rey.

Levantó en seguida y sin grande esfuerzo la gran barra que cruzaba la puerta, mientras que su hija removía los aldabones de las ventanas.

La sala grande del mesón de la Urraca tomaba luces por dos alas distintas; por un lado miraba hacia el Este, detrás del mercado; por el otro, ó sea el Oeste, caía sobre un pequeño bosquecillo rodeado de tapias, que separaba la casa del cementerio de los Inocentes.

En el momento en que Mireta abrió el postigo de la ventana que miraba al bosquecillo, dejó escapar un ligero grito de terror.

—¿Qué te da ahora?—preguntó su madre.

—No sé—replicó temblando la hija.—He creído ver...

—¡Eh! ¿Qué es lo que has creído ver?—preguntó aquélla acabando de atrancar la puerta y dirigiéndose á la ventana.

Los vivos colores del semblante de Mireta se habían eclipsado, y en lugar de responder limitó á alargar el brazo hacia el bosque, indicando un objeto oculto por las sombras de la noche y del follaje.

La Amapola se echó á reír.

—Todos se vuelven locos—dijo.—Tú has pasado el día junto al tronco de ese árbol, y ahora lo tomas por un ladrón, un fantasma ó un duende.

—Allí, allí, á la derecha del árbol—tartamudeó Mireta,—mirad, mirad...

La Amapola miró abriendo los ojos cuanto pudo.

—Por vida mía que debes estar deslumbrada, Mireta—dijo;—nada hay á la derecha del árbol, ni tampoco á la izquierda. Y á Dios gracias tenemos bastante gente armada en casa esta noche para defendernos contra los lobos-fantasmas de los cementerios de París.

Dichas estas palabras estampó un beso en la frente de Mireta.

—Hijita mía—siguió diciendo con un acento de poética y tierna sensibilidad que no le era habitual,—hay en la vida, por desgracia, demasiados infortunios muy grandes para amedrentarse y temblar por vanas quimeras. Acércate, que he de hablarte.

Adelantó un taburete y mandó á su hija que se sentara.

—Dime, Mireta—prosiguió,—¿te gustaría tomar por esposo á ese gran bruto, á ese pobre Simón?

El modo de formular la pregunta era tan original, que la niña se echó á reír.

—No me chanceo—continuó la Amapola con un aire grave.—Se está aproximando ya el tiempo en que todo el que sea débil tendrá necesidad de un protector. Debo decirte yo, hija mía, que, eso no obstante, no siempre es una ganga tener por marido al hombre que parezca más listo y más fuerte. No quiero hablar mal de maese Amapola, tu padre, que no es fuerte ni listo; pero yo me entiendo y bailo sola, por cuya razón te repito: ¿tomarías por esposo á ese gran animal de Simón?

—¡Caramba!—exclamó Mireta más encendida que una amapola,—si pudiera elegir otro...

—En cuanto á eso—dijo la mesonera con maternal orgullo,—puedes estar segura de que tendrás pretendientes de sobra. La hija de tu madre no tendrá más que escoger... Sólo que con ese desdichado Simón tú serías señora y dueña absoluta. Y créeme, hija, no es cosa de dormirse en las pajas, pues muy pronto van á sobrevenir crueles vicisitudes. No te figures que eso es nuevo para mí, pues he vivido ya en épocas semejantes..., en tiempos durante los cuales nadie podía echar cuentas para el día de mañana, porque el *mañana* no hay quien pueda asegurarlo.

Mireta iba escuchando, sin comprender con toda precisión el sentido de las palabras que pronunciaba su madre: si algo había que la alarmara seriamente era lo que había creído ver en el bosquecillo lindante con el cementerio de los Inocentes, á saber: una forma humana que iba arrastrándose con lentitud entre los negros troncos del arbolado.

—¿Te has hecho cargo, hijita—prosiguió la Amapola muy pensativa,—de lo que contaban aquellos mercaderes sentados junto á esta mesa y de lo que decían los soldados que había en la otra?

—He oído algunas palabras sueltas—respondió la niña;—me pareció que hablaban, como todo el mun-

do suele hacer, del rey, de la señora regente, del caballero Olivier, conde de la Marche...

—¿Y qué más?

—No sé—respondió Mireta.

—¿No has notado que unos y otros, tanto los mercaderes como los hombres de armas, pronunciaban el nombre de Jaime de Armagnac, duque de Nemours?

—Cierto, madre—dijo la joven;—creo que han pronunciado este nombre.

—¿Y esto no te ha hecho entristecer el alma, Mireta? ¿Has olvidado, por ventura, la historia que te he contado tantas veces?

—No por cierto, no he olvidado vuestra historia, y lamento de todo corazón el infortunio de la noble duquesa Isabel; pero yo no la he conocido como vos, y además mi espíritu se extravía cuando pienso en todo eso; pues no comprendo cómo vos, que respetáis y guardáis con veneración y entusiasmo la memoria de la señora, me encargáis también que ame y sirva á la señorita Blanca.

—¿Y tú no la quieres, Mireta?

—¡Oh, sí—exclamó la niña con calor;—por ella daría mi vida!

—Harías bien—dijo la buena mujer abismándose en profundas cavilaciones.—Somos los servidores de Armagnac, y es preciso que amemos á todo aquel que lleva este nombre. Pero tienes razón también cuando dices que no sabes explicarte, mi pobre hija, lo que te acabo de decir, porque hasta yo, que soy ya una mujer vieja, me confundo cuando pienso en esto y acabo por no comprenderlo tampoco.

Pasó la mano por su frente y añadió:

—Sí, era un niño y no una niña quien estaba en el palacio de la Marche; un niño noble y hermoso; un niño á quien muchas veces he hecho saltar sobre mis rodillas en el mismo lugar que tú ocupas ahora.

Aquella noche de luto en que rodó la cabeza de Armagnac desaparecieron madre é hijo. Aquel hombre de quien tan á menudo te he hablado, que inspiraba á todos miedo y compasión á la vez, ¿era un ángel bajado del cielo ó un demonio? Me parece ver todavía su mirada tímida y medrosa, mirada que de repente se volvió feroz como la de un tigre... ¿Qué habrá hecho de ellos? ¿Les ha salvado ó les ha perdido?... Y él mismo ¿dónde está; vive ó ha muerto?

Después de una breve pausa añadió esforzando la voz:

—¿Y por qué no se resiste mi corazón á dar el nombre de Armagnac á esa joven cuyo nacimiento es un misterio para mí?

La pobre Mireta seguía observando el bosquecillo á través de la ventana, pareciéndole que se oía el ruido de algunos pasos sobre el follaje.

—Si tú supieras, hija mía—continuó diciendo la Amapola,—¡cuán parecida es á la duquesa Isabel tu señorita Blanca! Una vez se me ocurrió una idea así que la vi después de cinco años: disimulan su sexo, dije; será el mismo hijo de la duquesa disfrazado con traje de mujer. Pero ahora está ya formada, es hermosa y ya no cabe la menor sospecha. Además tampoco te lo he dicho todo. Se asemeja esa niña mucho también á otra mujer que era como un acabado retrato de la duquesa, á una infeliz criatura que murió muy joven y que duerme hoy en el cementerio de nuestro país de Mirande.

Callóse la Amapola y hubo un momento de silencio. La mesonera estaba absorta en los recuerdos que acababa de evocar; y Mireta seguía con el oído atento tratando de escuchar los rumores del bosquecillo.

—Tienes razón, tienes razón—exclamó la buena Amapola dirigiéndose á su hija, pero contestando, en verdad, á sus propios pensamientos.

—Esto es imposible. ¡Misterios por todas partes! En verdad que es cosa de perder la cabeza en este enredo.

Levantóse entonces bruscamente y dijo á Mireta:

—Quédate aquí. Cuando madama Blanca de Armagnac se alberga en el mesón de la Urraca, es preciso que haya centinela en él toda la noche; por- que si se le ofreciera algo y no hubiera para servir- la más que un mozo, podría quejarse con razón. Tú estarás de guardia hasta media noche y luego vendré yo á relevarte. Toma tu rueca si quieres, ó encomiéndate á Dios y piensa también en lo que te he dicho acerca de ese pobre muchacho, el infeliz Simón.

Esto dicho, estampó dos sonoros besos en las mejillas de Mireta y se retiró con el paso firme y resuelto de una mujer que no hubiera sido nunca zurrada ni aun después de los cincuenta años.

Mireta se quedó sola en la sala del mesón.

II

LOS LOBO-FANTASMAS

Si la buena tía Amapola hubiera sabido cuál era la disposición de ánimo en que quedaba su hija, de seguro que hubiera preferido mejor velar la noche entera que abandonarla así en aquella soledad.

Pero no pudo sospecharlo. Era tan viva la preocupación que la absorbía, que no reparó siquiera en que su pobre hija empezó á temblar cuando la dijo: tú velarás hasta media noche.

En ninguna época la ciudad de París ha vivido más atemorizada por las supersticiones que durante el siglo xv, en que por lo menos entre cada tres hombres se contaba un hechicero. En vano de vez